



HAL
open science

¿Lugares de memoria o memoria de los lugares? Estrategias discursivas par expresar un trauma

Stéphane Michonneau

► **To cite this version:**

Stéphane Michonneau. ¿Lugares de memoria o memoria de los lugares? Estrategias discursivas par expresar un trauma . Historia y Política , 2009. hal-01674082

HAL Id: hal-01674082

<https://hal.science/hal-01674082v1>

Submitted on 1 Jan 2018

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

¿Lugares de memoria o memoria de los lugares? Estrategias discursivas par expresar un trauma

“Ce qu’il faut cerner, c’est le travail de la trace en nous.”
Régine Robin, *La mémoire saturée*, Paris, Stock, 2003, p.303.

Stéphane Michonneau

En España, el interés por la memoria es reciente y el interés por los monumentos más aún. De manera significativa, la expresión de « lugares de memoria » que en Francia, Alemania o Italia tuvo el éxito conocido, no se difundió entre el público al no coincidir, según parece, con las preocupaciones de la sociedad española. En el ámbito intelectual, los intentos de adaptación de esta expresión al contexto histórico español, liderado en particular por Carlos Serrano en *El nacimiento de Carmen*¹, no llevaron a construir una corriente historiográfica fuerte y quedaron sumidos en otros debates como el de la débil nacionalización de España.

Si bien en Francia la cuestión de los monumentos fue el punto de arranque de toda una reflexión historiográfica, en España los monumentos no interesaron porque se consideró que mentían al ser instrumentos de imposición de la historia nacional por el Estado. Igual que en otros países que conocieron largas dictaduras que manipulaban el relato de la historia, los españoles suelen confiar más en el valor verídico de la memoria que en el de la historia². Se explica también esta reticencia por la fuerte politización de la ciencia histórica, heredera de las luchas antifranquistas de los años sesenta y setenta, y las dificultades por diseñar un campo intelectual autónomo.

En cambio, la expresión de «memoria histórica» sí encontró un eco importante a partir de mediados de los años noventa. En los años 2000 surgieron varias asociaciones que pretendían «recuperar la memoria» ocultada por la dictadura

¹ Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen, símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999.

² Pierre Nora, « Histoire-mémoire », en Youri Afanassiev, Marc Ferro (ed.), *Cinquante idées qui ébranlent le monde : dictionnaire de la Glassnost*, Paris / Moscou, Payot / Éditions Progress, 1989, pp. 416-417.

y la transición democrática³. Aunque la expresión mantenga una confusión algo problemática entre historia y memoria, su éxito social traduce nada menos que el inicio de una temporada memorial bastante parecida a lo que la Alemania del Oeste había conocido unas décadas antes, en torno a la gestión del traumático pasado del nazismo. En Alemania, sin embargo, la cuestión del trauma dejó paso a partir de 1989 a la cuestión de los monumentos: la reunificación puso punto final al conflicto de interpretación sobre el nazismo entre los dos Estados alemanes y situó en el núcleo de la nueva Alemania democrática el recuerdo del holocausto⁴. Se planteaba entonces el problema de cómo transmitir la memoria del genocidio con los monumentos adecuados. Se podría decir que España, con la Ley de memoria histórica recién votada, está dejando atrás la cuestión del duelo y del reconocimiento del trauma de la represión franquista para plantear una nueva: la de la transmisión del recuerdo de las víctimas a golpe de monumentos, memoriales, museos, etc.

Quisiera primero esbozar rápidamente los términos intelectuales de la cuestión de los monumentos tal y como la entendieron las ciencias humanas. Para unos, el monumento organiza una memoria que no está en todas partes: el monumento es un *lugar de memoria*. Para los otros, el monumento expresa una memoria latente y preexistente a su revelación: el monumento sólo es portavoz de una *memoria de los lugares*. A partir de esta tensión fundamental, después de haber evocado el tratamiento de la cuestión de los monumentos en España, me gustaría plantear cuáles son las estrategias discursivas desarrolladas para expresar el trauma que son básicamente cuatro. Insistiré en la última que plantea con fuerza el problema de las condiciones de transmisión de la memoria, una problemática que queda por resolver,

1. La cuestión de los monumentos

La noción de memoria tuvo ciertas dificultades para encontrar un lugar adecuado en las ciencias humanas y sociales. Desde Pierre Nora ha sido evidente el empeño de los historiadores en considerar la memoria como un objeto de investigación más. El libro *Les Lieux de mémoire*, publicado en

³ Mercedes Yusta, « El movimiento “por la recuperación de la memoria histórica” : una reescritura del pasado reciente desde la sociedad civil (1995-2005) », en Pedro Rújula, Ignacio Peiró (ed.), *La historia en el presente. V Congreso de Historia Local de Aragón. Molinos, 2005*. Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 2007, p. 81-101.

⁴ Etienne François, Hagen Schulze, *Deutsche Erinnerungsorte*, Munchen, Beck, 2001. Introducción, p.16.

1985, supuso uno de los primeros intentos de objetivación de la memoria por parte de las ciencias sociales partiendo de las conclusiones del sociólogo Maurice Halbwachs, según las cuales toda memoria es social. De ahí surgió la definición —desde entonces casi canónica— de la memoria tal y como la proponía Pierre Nora: es «instrumentalización del pasado en el presente», o sea uso del pasado con fines políticos⁵. Oponía entonces la memoria que es narración mítica del pasado e historia que es narración crítica y distanciada del pasado. Para él, la memoria estaba vinculada a la identidad y al poder, mientras la historia de los historiadores era un proceso de conocimiento que apuntaba a la verdad.

Por un lado, el éxito de la expresión dio pie a muchas confusiones: sólo quiero recordar que Pierre Nora considera que los historiadores no podemos revelar una memoria que es preexistente a su revelación, en otras palabras, que no hay nada que recuperar del pasado porque el pasado está muerto. El pasado no se encontraría escondido en ningún lugar, es decir, no sería un peso del pasado sobre el presente. Por ser definitivamente pasado éste no resucita por sí mismo, excepto si se organizan talleres para recrearlo de nuevo, que son, precisamente, los lugares de memoria. Dicho de otra manera, según esta concepción, el pasado no se puede separar del lugar donde se fomenta. La memoria es un fenómeno de recreación que es por definición artificial, cultural y socialmente determinado. Pero por ser artificial, no es menos real. Este proceso es el que pueden estudiar los historiadores reconstituyendo la historia de las diferentes versiones que los presentes han hecho de sus pasados.

Pero por otro lado, Marie-Claire Lavabre hace constar con relación a los trabajos de Pierre Nora que «la memoria cuya realidad diversa había sido subrayada por Halbwachs no tardó en reducirse con cierto abuso a los usos sociales y políticos de la historia y se focalizó específicamente sobre la producción de memorias colectivas en los llamados lugares de memoria»⁶. La definición de Nora reducía claramente las múltiples acepciones de la palabra memoria, restringiendo esta última a los usos políticos del pasado y al fenómeno de la rememoración.

⁵ Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, I, La République, París, Gallimard, 1984, p. XXV.

⁶ Marie-Claire Lavabre, «Usages du passé, usages de la mémoire», *Revue française de sciences politiques*, 44-3 (1994), pp. 480-493.

Otra acepción de la memoria apareció a partir de los noventa, cuando Francia tuvo que afrontar la memoria del genocidio judío en el que había participado el Estado durante la Segunda Guerra mundial. En este caso, la memoria era traumática, era el peso doloroso de un pasado sobre el presente. En efecto, la concepción clásica de la memoria considera que es una huella del pasado en el presente, un peso que el pasado ejerce en nosotros⁷. ¿Por qué nos acordamos de la Guerra Civil española? Pues porque el acontecimiento se nos impone a nosotros, por la sencilla razón de que fue un acontecimiento importante de la historia. La razón última de la memoria sería la historia. Aunque muchos intenten olvidarse de la guerra, ésta pesa, y los lugares de memoria sólo serían los lugares donde se expresa esta memoria preexistente.

En Francia, en 1992, Henry Rousso calificaba la relación de los franceses con el régimen de Vichy de «un pasado que no pasa»⁸: analizaba la relación con el pasado en términos psicoanalíticos que asimilaba el cuerpo social a un individuo⁹. Esta última concepción sería la del «trabajo de la memoria después del trauma», también una reflexión sobre la violencia y la memoria. ¿Cómo se pueden asumir las memorias dolorosas? ¿Cómo se pueden apaciguar? ¿Existe un deber de memoria hacia las víctimas? Tales son las preguntas que hizo el filósofo Paul Ricoeur en su obra fundamental publicada en 2000: *La mémoire, l'histoire, l'oubli*¹⁰.

Nora rechazó rotundamente esta concepción por dos razones: primero, distaba de una visión organicista que considera que la sociedad es un cuerpo vivo dotado de recuerdos como un individuo. Luego, criticaba que la concepción clásica, sí podía explicar la supervivencia de acontecimientos traumáticos (guerras, genocidios, etc.), pero no podía explicar recuerdos no traumáticos (la estatua a un determinado político, por ejemplo). Nora, que ponía el proceso de rememoración sin duda en el núcleo de la memoria, constataba la separación, por no decir la oposición entre la memoria hecha de interpretaciones falsas y la historia. Al existir una oposición entre memoria e historia, precisamente, la

⁷ Marie-Claire Lavabre, «Du poids ou du choix du passé : lecture critique du syndrome de Vichy», en Denis Pechanski, Mikael Pollack, Henri Rousso (ed.), *Histoire politique et sciences sociales*, Bruselas, Complexe, 1991, pp. 265-278.

⁸ Henry Rousso, Eric Conan, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Paris, Fayard, 1992.

⁹ Henry Rousso, *Le syndrome de Vichy*, París, Le Seuil, 1987; Henry Rousso, «Pour une histoire de la mémoire collective de l'après-Vichy», Denis Pechanski, Mikael Pollack, Henri Rousso (ed.), *Histoire politique et sciences sociales*, Cahiers de l'IHTP, 18, junio 1991, p.243-264.

¹⁰ Paul Ricoeur, *Histoire, mémoire, oubli*, París, Le Seuil, 2000.

historia puede escoger la memoria como objeto de investigación, argumentaba.

El éxito de la expresión «lugares de memoria» hizo hincapié a su relativa internacionalización¹¹. Los lugares de memoria también fueron revivificados por el nacionalismo francés a finales de los años ochenta. Pretendiendo explicar la crisis de la identidad nacional francesa, la obra de Nora acabó por reforzar los elementos cristalizadores de una nueva identidad nacional, pero de segundo grado.

2. ¿Lugares de memoria o memoria de los lugares?

El problema planteado por la polémica es el de la relación entre pasado y presente. Para unos, la memoria es *evocación* del pasado o sea selección consciente que permite borrar o asumir el síntoma. Para otros, la memoria es una *huella* del pasado en el presente, un síntoma inconsciente del pasado que se manifiesta en el presente. La memoria puede ser *efecto del presente*, *evocación*, o *efecto del pasado*, huella. Es *elección* del pasado en el presente o *peso* del pasado. Éste es el dilema de la memoria.

¿Elección o evocación? En las ciencias sociales, difícilmente se puede elegir entre estas dos concepciones de la memoria porque ambas son vigentes según el fenómeno que se está estudiando. Ambas dieron lugar a corrientes de investigación ricas. Lo útil es entender entonces cómo se articulan entre sí estas dos realidades de la memoria, sin separar las distintas manifestaciones de la memoria que no se reduce a los monumentos y las conmemoraciones, sino que incluye también los recuerdos individuales o familiares. Existen maneras

¹¹ Sólo citar por ejemplo : Pierre Nora, « La notion de « lieu de mémoire » est-elle exportable ? », en Pim den Boer, Willem Frijhoff (ed.), *Lieux de mémoire et identités nationales*, Amsterdam University Press, Amsterdam, 1993, p.3. ; Ole Feldbaeck, (ed.), *Dansk Identitetshistorie*, Copenhagen, 1991 ; SAS, Nicolas C.F. (dir.), *Waar de blanke top der duinen. En andere vaderlandse herinneringen*, Amsterdam, 1995 ; Mario Isnenghi, Mario (ed.), *I luoghi della memoria*, Roma-Bari, 1997-1998, 3 vol. ; Ernesto Galli della Loggia (ed.), *L'identità italiana*, Bologna, 1998 ; Moritz CSÁKY (ed.), *Orte des Gedächtnisses*, Wien, 2000 ; Emil Brix, Ernst Bruckmüller, Hannes Stekl (ed.), *Memoria Austriae*, Wien, 2004-2005, 3 vol. ; H.L. Wesseling (ed.), *Plaatsen van Herinnering. Een historisch succesverhaal*, Amsterdam, 2005 ; Fernando Catroga, *O Céu da memória*, Coimbra, Minerva, 1999 ; Maria Isabel João, *Memória e Império, Comemorações em Portugal*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, 2002.

de resolver el dilema de la memoria, entre el presente que interpreta y el pasado que pesa.

La obra de Halbwachs esboza las posibles vías: poniendo énfasis en la dimensión práctica de la memoria, el sociólogo articula las distintas facetas de la memoria social. Si la memoria es tanto un discurso sobre el pasado como una práctica social de conmemoraciones, el problema reside en la posible performatividad de la memoria en condiciones sociales e históricas que hay que determinar. Marie-Claire Lavabre fue una de las primeras en proponer un esquema que daba cuenta de cómo se articulaban los niveles de la memoria social según dos criterios que son la capacidad a estructurar un discurso coherente y la capacidad de proyección de este relato en el espacio público¹². Se fundió en la relectura de la obra de Maurice Halbwachs y del libro fundador editado en 1925: *Los marcos sociales de la memoria*¹³ y de tres libros posteriores que son *La memoria colectiva de los músicos* en 1939, *Topografía legendaria de los evangelios* en 1942¹⁴ y una obra póstuma, *la memoria colectiva* (1ª edición en 1950). Lo que interesó entonces fue el problema de los marcos sociales de la memoria. ¿Cuáles son las condiciones sociales de evocación de los recuerdos? ¿Es la memoria una actividad del individuo o una actividad necesariamente social? ¿Cuál es la primera, los recuerdos individuales o los recuerdos colectivos? ¿De qué manera los agentes sociales se apropian del pasado? ¿De qué manera la identidad presente de los individuos y grupos de interés se nutre de un pasado que realmente ocurrió, se interpretó y se inventó? Dicho de otra manera, la sociología de la memoria intentó resolver la articulación entre el individuo recordándose y los grupos, rememorándose, considerando tres niveles de memoria que se suelen confundir: la memoria histórica que resulta del uso político del pasado, la memoria común que es el mundo de las memorias individuales y familiares a penas formuladas explícitamente, y las memorias colectivas que son proyecciones coherentes de la memoria común en el espacio público generalmente llevado por grupos liderados por promotores de memoria. El problema planteado consiste entonces en entender en qué condiciones sociales

¹² Marie-Claire Lavabre, « Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos », en Julio Aróstegui, François Godicheau, *Guerra Civil : mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons/ Casa de Velázquez, 2006, pp.57-94.

¹³ Maurice Halbwachs, *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, Albin Michel, 1994 y *La mémoire collective*, París, Albin Michel, 1997. Annette Becker, *Maurice Halbwachs*, Paris, Agnès Viénot éditions, 2003.

¹⁴ Paul Sabourin, « Perspective sur la mémoire sociale de Maurice Halbwachs », *Sociologie et société*, XXIX-2 (1997), pp.139-161.

e históricas precisas el recuerdo de los individuos puede llegar a cuajar en una memoria colectiva homogénea hasta que se elabore un relato coherente y sintético.

Si bien la sociología de la memoria intenta entender cómo se articula el dilema de la memoria en la práctica, Jean Laplanche ha sugerido también una tercera vía¹⁵. Siguiendo los pasos de San Agustín, el filósofo considera que difícilmente se puede considerar que el pasado pesa *directamente* en el presente. La huella del pasado es básicamente una impresión, un *affect*. El núcleo de realidad que tiene el acontecimiento en el presente no es el evento en sí, sino la impresión que deja. Para San Agustín, la memoria es la impresión de que las cosas van pasando cuando ésta última está presente: dicho en otras palabras, si algo pesa, lo que pesa en el presente no sería el pasado propiamente al estar muerto. Lo único que pueda pesar en nosotros es, por consiguiente, la *impresión* que dejó el pasado sobre nosotros. Por lo tanto, no es verdad decir que la Guerra Civil sigue pesando en nosotros en el presente: la guerra está pasado, o sea muerta. En cambio, la impresión sí que es viva.

3. En España, del monumento eludido al monumento traumático

Lo que las ciencias humanas han resuelto por la vía de la sociología de la memoria, ¿por qué lo plantean las conmemoraciones?

En España, parece inverosímil que la cuestión de los monumentos no se planteara durante la transición democrática, salvo en unos casos excepcionales como Cataluña y el País Vasco donde la parafernalia franquista fue retirada a partir de 1979. Jesús de Andrés Sanz ha mostrado que fueron tres las vías escogidas por los políticos de la democracia ante los monumentos franquistas : mantenerlos, abandonarlos o silenciarlos¹⁶. ¿Cómo puede ser que la joven democracia española se fortaleciera en un paisaje simbólico fuertemente marcado por la presencia de los monumentos de la dictadura? De ahí la teoría del pacto del olvido, como si hubiera un complot por parte de las élites para dejar en el olvido la Guerra Civil y sus consecuencias. El movimiento por la

¹⁵ Jean Laplanche, « Entre herméneutique et déterminisme, une tierce position », *La révolution copernicienne inachevée*, Paris, Aubier, 1992, p.385-415.

¹⁶ Jesús de Andrés Sanz, *Los símbolos y la memoria del Franquismo*, Madrid, Fundación Alternativas, 23 (2006), pp.2-45.

http://www.falternativas.org/base/download/9372_31-01-07_EP%2023.2006.pdf

«recuperación de la memoria histórica» proviene por una parte de la sociedad civil que se reclama heredera de los vencidos cuya voz se pretende recuperar. El mundo académico ha acabado recuperando el concepto, proceso que culmina con la creación de una cátedra de Memoria Histórica del Siglo XX en la Universidad Complutense de Madrid. Es evidente que, historiográficamente hablando, la existencia de una supuesta «historia oficial» que habría dejado de lado a los vencidos de la guerra no es sostenible a estas alturas¹⁷. Por otro lado, ha corrido mucha tinta sobre este supuesto «pacto de olvido» y no vamos a retomar aquí los argumentos de unos y otros. Bastará con evocar un ejemplo que obviamente no pretende acabar con la complejidad de la situación sino mostrar cuánto fue eludida la cuestión de los monumentos en los años setenta y ochenta.

El caso del *Cinc d'Oros* en Barcelona podría servir de parábola para entender lo que pasó¹⁸: el obelisco del cruce de la Diagonal y del paseo de Gracia fue inaugurado el 14 de abril de 1936, pocos meses antes de que estallara la guerra. Era la plasmación de un antiguo proyecto que había surgido a raíz de la muerte de Francesc Pi i Margall en 1901. Después de un primer proyecto llevado a cabo en 1915, pero nunca realizado al instaurarse la dictadura de Primo de Rivera, se organizó otro concurso artístico al llegar la República, que escogió como símbolo del nuevo régimen una figura esculpida por Viladomat en 1934. Al entrar las tropas franquistas en Barcelona en el mes de enero de 1939, las nuevas autoridades desmantelaron el recién implantado monumento a la República para convertirlo paradójicamente en un monumento a la Victoria. Se escogió otra figura esculpida por Frederic Marès y que había sido la segunda premiada en el concurso de 1934. A partir de 1976, se multiplicaron las llamadas para restaurar el antiguo monumento republicano con la estatua de Viladomat. En 1979, después de muchas polémicas e incluso atentados, el Ayuntamiento democrático arrancó del obelisco todos los

¹⁷ Paloma Aguilar, *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Madrid, Alianza Editorial, 1996. Paloma Aguilar, “Guerra civil, franquismo y democracia”, *Claves de razón Práctica*, nº 140, marzo 2004, p. 24-33. Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Madrid, Espasa Calpe, 1999. Vicenç Navarro, *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. De lo que no se habla en nuestro país*. Barcelona, Anagrama, 2002. Jesús Izquierdo Martín, Pablo Sánchez León, *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*, Madrid, Alianza, 2006.

¹⁸ Stéphane Michonneau, « Le monument à la Victoire : un cas exemplaire de la politique de mémoire franquiste à Barcelone », en Carlos Serrano (ed.), *Imaginaires et symboliques dans l'Espagne du franquisme*, *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 24 (1996), p.189-203.

símbolos franquistas, salvo la figura de Marès, pero se negó a restablecer el monumento en su estado anterior. El obelisco fue sencillamente silenciado y por consiguiente neutralizado. A la plaza que lo rodea, popularmente conocida como el *Cinc d'Oros*, se le puso lógicamente el nombre de Juan Carlos Primero, nombre que conserva en la actualidad. Fue entonces la única vía de consenso posible en un Ayuntamiento que, por otra parte, cambió el nomenclátor, restableció las estatuas derrocadas por la dictadura y quitó los símbolos y los monumentos franquistas. Se agregaron entonces los barceloneses alrededor de un vacío. De ahí que el silencio políticamente mantenido no implica el olvido social, ni mucho menos. Al contrario, el consenso realizado en este caso sólo se puede entender si se tiene en cuenta que los actores querían evitar la repetición de una guerra civil. La elisión de la cuestión monumental no puede considerarse como prueba de un olvido sino más bien como índice de un recuerdo presente pero no manifestado.

Si bien la cuestión monumental fue eludida a lo largo de los años ochenta, en cambio, la cuestión de la gestión de la memoria traumática de la represión surgió de repente a mediados de los años noventa. A partir 1996, el país parece totalmente sumergido en una ola de memoria. Finalmente, hace poco que se está planteando la cuestión de los monumentos al buscarse soluciones adaptadas para conmemorar a las víctimas de la dictadura. Son múltiples las iniciativas que nacen de la sociedad civil para recordar a las víctimas: en julio de 2007 en Alicante, por ejemplo, una protesta reclamó erigir dos monumentos en recuerdo de los bombardeos del campo de los Almendros y de las víctimas del bando republicano en el cementerio municipal. En algunos casos, las autoridades políticas sostienen estos esfuerzos reivindicativos como por ejemplo en Mallorca o en Andalucía en numerosos pueblos. En otros casos, la reivindicación se extiende a favor de monumentos, conmemorando a las víctimas de bombardeos como en Xàtiva, Lleida, Tàrraga, Mollet, Granollers o Barcelona. En Cataluña, las manifestaciones de oposición a la guerra en Iraq fueron el punto de partida de estas iniciativas.

Con el surgimiento de una memoria traumática se plantea el problema del trabajo de memoria evocado por el filósofo Paul Ricoeur¹⁹. La expresión «trabajo de memoria» estrechamente ligada al trabajo de duelo colectivo y personal, implica la búsqueda de una memoria justa que sea capaz de reconciliar a los bandos hasta ahora enfrentadas en torno a lugares comunes.

¹⁹ Marie-Claire Lavabre, «Peut-on agir sur la mémoire?», en el coloquio «Quel travail de mémoire en Méditerranée?», Aix-en-Provence, 4-6 de junio de 2007. Por publicar.

Pero una memoria justa se puede leer de dos maneras contradictorias: o bien es una memoria-justicia, caso rotundamente apartado por la vida política española, o bien es una memoria ajustada a una finalidad política que es la de una reconciliación. En el primer caso, es llamativo que la amnistía de 1977 imposibilitara que se desarrollara una vía judicial, cuando en la mayoría de los países europeos los tribunales se impusieron como medios predominantes de reconocimiento de las víctimas, con la calificación de crímenes contra la humanidad, que tienen la característica de ser imprescriptibles. En estas condiciones, los monumentos parecen ser unas de las pocas vías abiertas para hacer justicia, o sea reconocer los sufrimientos de una parte de la población. De ahí la repentina urgencia de la cuestión monumental hasta ahora eludida. En el segundo caso, la memoria tiene un contenido político-normativo de apaciguamiento de los conflictos de memoria, como si no se pudiera aceptar la naturaleza conflictiva de la memoria. El problema de la memoria justa es que la reivindicación de la justicia no suele ir de la mano con la búsqueda de la calma. Por eso, las estrategias de reconciliación son escasas y parecen fracasar. Buenos ejemplos de este fracaso son los monumentos de Barrado que rinden homenaje a las víctimas de ambos bandos o el Valle de los Caídos que el Estado intentó promover como monumento a *todas* las víctimas de la guerra, en vano.

4. ¿Cómo expresar el trauma? Tres estrategias clásicas

Hasta hoy, los monumentos que tienen que resolver el problema de cómo decir el trauma han emprendido tres vías discursivas: la realista, la simbólica y la patética²⁰.

La estrategia realista pretende establecer una relación directa con el evento evocado a modo de reconstitución histórica. Hace creer que sí es posible un relato total de lo que sucedió. El monumento tiende a desaparecer, como si fuera transparente: no es una obra de arte monumental, sino sólo el vehículo que pretende presentar los hechos de manera supuestamente neutral. Históricamente, una amplia mayoría de los monumentos conmemorativos adoptaron un discurso realista, una tradición explotada hasta la saciedad por los monumentos del franquismo. Recientemente, se han impuestos en el

²⁰El intento de taxonomía tiene como origen el trabajo elaborado por Philippe Mesnard en su seminario del Colegio de Filosofía en París a lo largo del año 2006, recientemente presentado en : Philippe Mesnard, *Témoignage en résistance*, Paris, Stock, 2007.

paisaje conmemorativo memoriales con listas de víctimas que se inscriben en esta línea. En efecto, en la actualidad, ya no existen los monumentos a héroes colectivos como los monumentos a los caídos de la época franquista, pero sí innumerables monumentos con largos listados de apellidos, imitando por supuesto los monumentos de la Primera Guerra mundial en la Europa del norte : los memoriales de la Pedrera en Barcelona (1983) o el del 11M en Atocha recientemente inaugurado (2005) son buenos ejemplos de esta moda²¹.

El listado de víctima se esta imponiendo como un elemento insubstituible de los monumentos a las víctimas del franquismo. Primero, las listas parecen traducir el carácter democrático del homenaje. Además, permiten un mejor reconocimiento de los sufrimientos personales dando cara a unas víctimas perdidas en el anonimato de una masacre de masa. La inscripción del apellido en el mármol sirve de acto de reconocimiento y ofrece sepultura simbólica a los que no siempre tuvieron una. En este sentido, el apellido llena un vacío y certifica la presencia simbólica de un cuerpo que no siempre está en tierra. Es un apellido-vestigio que muchas veces es el último resto que queda. El listado de víctimas desempeña entonces un papel similar al archivo.

Se puede considerar como realista el memorial con listado en la medida que pretende presentar un saber exhaustivo del evento traumático. El recuento de *todas las víctimas sin excepción* da el acontecimiento por cumplido y cerrado: el monumento propone una visión desde fuera que da cuenta del acontecimiento según un punto de vista totalizante. Es decir, que el listado intenta decirlo todo con la representación de las víctimas y sustituir el vacío de los desaparecidos con los apellidos.

La segunda estrategia, que es la simbólica, comparte con la primera el mismo punto de vista, como si el espectador pudiera alcanzar un conocimiento omnisciente del acontecimiento narrado, a la manera del narrador omnisciente de la novela realista cuya vista es caballera. Pero la estrategia simbólica va mas allá, intentado sacar conclusiones generales del evento para darle sentido en el presente. Usando una retórica simbólica, como la del héroe por ejemplo, estos monumentos integran el evento conmemorado en un marco narrativo preestablecido por la cultura del espectador. El acontecimiento traumático se

²¹ Jean-Pierre Rioux, “Qu’est-ce donc qu’un mémorial?”, *Mémoriaux*, en Actes des journées d’étude des 18-19 novembre 2005, Musée d’histoire de Marseille, Conseil français de l’association internationale des musées d’histoire, p.11-16.

sitúa entonces en un horizonte de espera que permite sacar conclusiones de la historia mediante una sublimación de la experiencia de las víctimas: el combate antifascista, la resistencia, la libertad, la paz, etc.

Un buen ejemplo es el monumento a la paz *Gure aitaren etxea* inaugurado en Guernica en 1988 para conmemorar el 50 aniversario del bombardeo de la ciudad. El monumento de Eduardo Chillida está orientado hacia el árbol de Guernica. Está inspirado en un poema de Gabriel Aresti Seguro de 1963 que ensalza la defensa del solar vasco frente al peligro. En palabras del escultor, la forma del monumento quiere simbolizar la casa de los antepasados, pero es una casa abierta con un hueco en sus muros. El hueco se convierte en una ventana desde la que se ve el árbol que simboliza la tradición de las libertades forales. En el centro de la casa está ubicada una estrella de la paz de acero. La escultura de 7,5 metros de altura y 180 toneladas de peso está fabricada de hormigón mezclado con virutas de hierro que confiere un aspecto oxidado al conjunto. El objetivo claramente pedagógico del monumento simbolista implica la identificación del espectador con las víctimas del bombardeo por la difusión compartida de un mismo sistema de valor moral o político.

La estrategia patética es la que pretende sumergir al espectador en el sufrimiento de las víctimas y el horror del acontecimiento traumatizante. La restitución del evento no sirve para sacar lecciones, sino para fomentar una emoción desbordante creando una empatía dolorista que puede hasta ahogar al espectador. Son monumentos que recurren a menudo a lógicas espectaculares para crear identificación del espectador con la víctima. El victimismo está en el corazón de esta estrategia discursiva que puede aliarse con una pretensión a lo sublime por la exaltación de la figura del sacrificio.

Un buen ejemplo podría ser el monumento *Pasajes* esculpido por Dani Karavan entre 1990 y 1994 en memoria del suicidio de Walter Benjamin en Port Bou, el 26 de septiembre de 1940. En este caso, el espectador se encuentra proyectado en la situación angustiosa de un camino sin salida que pretende recrear la del intelectual atrapado entre dos fronteras. La pared de piedra situada a la entrada del túnel parece impedir desde abajo cualquier marcha atrás. La inmersión del espectador en el *pathos* hace que éste sea forzado a perderse en el vacío del acantilado con la víctima. Sin embargo, el pasaje hacia la muerte propone una promesa de liberación representada por el espectáculo de una naturaleza salvaje, del cielo azul y del mar desmontado. El monumento patético, muy eficaz en el plano de los sentimientos, impide que

se desarrolle un horizonte moral o político, ni tampoco una explicación racional de los hechos. No es un monumento pedagógico y más bien, pretende suspender la razón.

En estas tres estrategias discursivas, el espectador no puede escoger la manera de leer el pasado: se le ofrece una lectura toda hecha que no da margen a interpretación propia y, por consiguiente, a apropiación. El espectador sólo tiene que elegir entre adhesión sin límites al mensaje o rechazo frontal. No se le deja elección de pensamientos o percepción, como si el monumento *asignara* al espectador la manera de posicionarse respecto al pasado. Será porque estas soluciones conmemorativas pueden dar paso a vandalismo que rechaza violentamente la asignación moral, política o patética que implican. En este sentido, son estrategias que pueden perfectamente revelarse contraproductivas. Además, estas estrategias tienen en común el ensalzamiento de la víctima, haciendo del victimismo el prisma moderno de toda lectura del trauma. Las figuras del Justo, de la Víctima y del Verdugo con letras mayúsculas pueden substituirse incluso al entendimiento de una realidad histórica mucho más compleja y matizada. En suma, hay que resaltar que las tres estrategias discursivas aludidas no resuelven el dilema de la memoria porque los monumentos pretenden encarnar una memoria de los lugares sin dejar de ser lugares de memoria.

5. La estrategia elíptica y la cuestión de la transmisión de la memoria

La estrategia elíptica procede de una reflexión sobre lo que significa transmitir la memoria, entendida esta última como un proceso dinámico y frágil y no como un objeto del que uno hereda. Estos monumentos pretenden decir el trauma por el efecto de ausencia o vacío que deja el pasado sobre nosotros. Usan elipses y parábolas que no pretenden decir qué fue el trauma, sino decir qué huella dejó, diciendo indirectamente cosas para poner en evidencia lo que no se ve a primera vista. No quieren mostrar la masacre o el genocidio, sino más bien la pérdida, el blanco, la ausencia definitiva de las cosas desaparecidas y el olvido. La estrategia elíptica tiene en cuenta el hecho de que sólo quedan rasgos efímeros y huellas frágiles y que, además, la desaparición de las pruebas fue parte integrante del programa de exterminio llevado a cabo por los criminales²².

²² Régine Robin, *La mémoire saturée*. Paris, Stock, 2003, p. 304-336.

En España estos monumentos son escasos. En cambio, en Alemania donde la cuestión de los monumentos fue escabrosa, existen varios ejemplos de éxito²³. En 1991, Shimon Attie propuso una instalación llamada *Sites Unseen* que consistía en proyectar de noche en fachadas actuales del antiguo gueto judío de Berlín fotografías que representaban la vida cotidiana del barrio antes de las masacres nazis. El marco de las fotografías de archivo coincidía con el diseño arquitectónico de las casas de hoy para que pudieran ser asimiladas a fantasmas del pasado. Para el artista era una manera de actualizar la vida de los desaparecidos al mismo tiempo que pretendía externalizar recuerdos aún por formular. Sacando fotografías de su actuación, Shimon Attie establecía una vinculación fuerte con el presente, pero no menos frágil que éste. De la misma manera, el artista francés Luc Boltanski aprovechó un vacío creado entre edificios por el derribo de una casa del gueto para recordar los apellidos de los antiguos propietarios y sus profesiones. Insertada en placas de hierro similares a las del nomenclátor berlinés, la propuesta permitía dar existencia a algo desaparecido para siempre.

En 1987 Horst Hoheisel propuso una solución original al problema planteado por el Ayuntamiento de Kassel, en Alemania. En la plaza del ayuntamiento se edificó en 1908 una fuente monumental ofrecida por un comerciante judío de la ciudad, Aschrott Brunnen. En 1939 los nazis destruyeron la fuente monumental en nombre de la erradicación de la cultura judía en Alemania. Luego 3.463 judíos de Kassel desaparecieron en los campos de exterminio. En 1984 el Ayuntamiento votó la restauración de la fuente monumental, pero apartando su reedificación, lo que hubiera favorecido el olvido del episodio de su destrucción. Fue entonces cuando el artista Hoheisel propuso un antimonumento que consistía en reconstruir la fuente pero al revés, con la punta hacia abajo. Desde la superficie, sólo están marcados en el suelo los contornos de la fuente neogótica original. El agua que sale de la superficie va hacia tierra: sólo el sonido del agua permite recordar la presencia de la fuente enterrada. La propuesta, además de narrar la historia del monumento desde 1908, significa que la memoria de la fuente ha sido interiorizada por los habitantes de Kassel. En otros lugares, Hoheisel hizo propuestas originales: para el concurso del memorial al genocidio de Berlín, propuso arrasar la puerta de Brandenburgo que es el lugar de memoria central de Alemania.

²³ James E. Young, *At Memory's Edge*, New Haven, London, Yale University Press, 2000, pp. 90-119. Karen E. Till, *The New Berlin: Memory, Politics, Place*, University of Minnesota Press, 2005, pp. 161-188.

Luego, en 1995, edificó al lado del antiguo monumento conmemorativo del campo de Buchenwald una sencilla placa de mármol pero conservada a la temperatura de un cuerpo humano, a 37 grados. Era una manera de sugerir que todavía vivían y latían detrás de la piedra los cuerpos desaparecidos.

En 1996 el Ayuntamiento de Berlín quiso que se recordara la quema de libros de la Universidad Humboldt por los nazis en la plaza Bebel, el 10 de mayo de 1933. Las artistas Micha Ullman y Rachel Whiteread propusieron otro monumento invisible que consistía en una pieza de cristal en el centro de la plaza. De día, la pieza sirve de espejo al espectador. De noche, a través del cristal se ven estanterías blancas y vacías. Otra vez, se sugiere lo desaparecido y lo olvidado: el monumento reconstituye sin mostrar y sin narrarlo todo. Intenta representar lo que precisamente es irrepresentable.

Algunos últimos ejemplos son las obras muy famosas de Jochen Gerz²⁴. Es un artista alemán nacido en 1940 en Berlín y que, como Anselm Kiefer nacido en 1945, no vivió la guerra, pero que es extremadamente sensible a las huellas del pasado. El monumento de Harburg construido en 1986 en las afueras de Hamburgo es un monumento «contra el fascismo, las guerras y la violencia». Consistía en una columna de 12 metros de altura recubierta de hojas de plomo sobre las que el público fue invitado a escribir lo que le daba la gana. Poco a poco, la columna se hundía en el suelo, dejando nuevos espacios libres para los grafitis. El monumento hizo posible su apropiación por parte del público a la vez que ayudó a la interiorización de los valores proclamados tras la completa desaparición de la columna. Una vez desaparecido, el monumento todavía se puede observar detrás de los cristales. La columna de Harburg se burla del carácter permanente de los monumentos conmemorativos clásicos y privilegia la interiorización de los valores por parte de los alemanes de hoy. Jochen Gerz explicó que el objetivo del monumento era precisamente que ya no hicieran faltan monumentos para recordar la guerra.

Otra propuesta fue el monumento invisible de Saarbrücken en 1990. En la misma plaza del castillo de Saarbrücken, que fue la sede de la Gestapo durante la guerra, Jochen Gerz y sus alumnos de la escuela de Bellas Artes participaron en la elaboración de un monumento clandestino. En pequeños grupos, los alumnos desempotraron un gran número de adoquines que correspondía al número de judíos desaparecidos en la ciudad durante el

²⁴ James E. Young, “Ecrire le monument : site, mémoire, critique”, *Annales ESC*, 3 (1993), p.729-743.

régimen nazi. Luego, gravaron los apellidos de las personas perseguidas y volvieron a poner los adoquines en su sitio pero con la faz escrita hacia abajo. Una vez acabado el monumento, Gerz anunció en los periódicos la existencia de un monumento escondido, lo que provocó un gran escándalo político. La gente acudió a la plaza buscando los adoquines desplazados y preguntándose «¿Dónde están?». Esta era precisamente la pregunta que Gerz quería que la gente planteara: ¿dónde están los judíos desaparecidos? Finalmente, el ayuntamiento bautizó la plaza con el nombre del *monumento invisible*.

Tras estos ejemplos, se pueden sacar conclusiones. Primero, la estrategia elíptica consiste en evitar decir directamente lo que fue para decir lo que *ya no es* o lo que *todavía* está. El monumento no busca desaparecer como si fuera transparente, sino que se impone como filtro necesario entre el presente y el pasado. Dicho con otras palabras, se asumen como lugares de memoria.

Segundo, el pasado es presente pero no de manera abrupta: el espectador reconstruye el pasado libremente por la imaginación, porque tiene que llenar el vacío sugerido por el monumento, por lo que se lo apropia e interioriza la memoria. Estos monumentos son condenas implícitas de las estrategias realistas, simbólicas y patéticas que encierran al espectador en la moral o la emoción sin darle la posibilidad de posicionarse y, por consiguiente, de transmitir.

Por último, estos monumentos no tratan los genocidios o las masacres, sino que se esfuerzan por expresar la ausencia de los seres queridos, una experiencia del sufrimiento aun viva pero discreta y de forma personal. No pretenden llenar el espacio de discursos o representar lo que no se puede representar, sino más bien entender qué huellas dejan estos acontecimientos en nosotros en la actualidad. Son monumentos que teatralizan el pasado, pero sin dramatizarlo. Impiden que el espectador se identifique directamente con la víctima, lo que imposibilitaría la transmisión de la memoria. Finalmente, se distancian de la memoria de los lugares.

Conclusión

Según Enzo Traverso, la memoria de Auschwitz ha cambiado profundamente la relación con la que los europeos occidentales percibimos el pasado²⁵.

²⁵ Enzo Traverso, « El legado del siglo XX y la construcción de una memoria europea », en

Auschwitz se ha convertido en un acontecimiento tan importante como la Reforma o la Revolución Francesa, pero es un acontecimiento negativo que no se integra en el esquema del proceso de civilización. El genocidio judío se ha convertido en un paradigma de lectura de la historia para la lectura del siglo XX y que incluso funciona de manera retrospectiva hacia pasados lejanos como la esclavitud o la desaparición de los pueblos indígenas en la América colonial. Por último, sería una religión civil que sacraliza los derechos humanos y los valores de las democracias occidentales. En España también, país que no padeció directamente la Shoah, el paradigma de Auschwitz es fundamental para entender la nueva conformación de la memoria de la Guerra Civil en los años noventa.

El paradigma de Auschwitz plantea la cuestión de los monumentos o sea de la representación de lo que parece irrepresentable y de la transmisión de una experiencia concentracionaria que parece también intransmisible. Hoy en España los monumentos parecen obedecer a lo que Peter Reichel llamó una *topolatría* por los lugares de los masacres²⁶. Plantean la relación con el pasado bajo la única perspectiva del victimismo, por lo que los españoles están obligados a plantear el problema de la memoria de la Guerra Civil en términos de emoción, *affect*, deber de memoria, perdón y arrepentimiento. Paradójicamente, estos términos hacen posible la despolitización de la lucha por la que se comprometieron los actores. Hasta cierto punto, después de haberse reunido a los españoles en torno a los silencios en los años setenta y ochenta, ahora se los reúne en torno a la figura unánime de la víctima.

Pero son escasos los monumentos que plantean el problema de la transmisión de la memoria, una cuestión que la muerte de los últimos supervivientes de la Guerra Civil no tardará en plantear. ¿Cómo compartir una historia que no se ha vivido? (Zonabend). Los monumentos clásicos no pueden resolver este problema, porque impiden la apropiación del trauma. Además, están fundados en dos condiciones básicas que hoy en día están puestas en tela de juicio: el carácter permanente del monumento y la creencia en su eficacia. Salvo raras excepciones (como la *Huella* de Bilbao, por ejemplo, que evoca la presencia del pulgar de un gigante que habría aplastado la ciudad²⁷), faltan estrategias

el Congreso Internacional « Historia y memoria », 28-30 de noviembre de 2007, Granada. Por publicar.

²⁶ Peter Reichel, *L'Allemagne et sa mémoire*, Paris, Odile Jacob, 1998, p.13.

²⁷ Jesús Javier Alonso Carballés, "La memoria de la Guerra Civil en el espacio urbano de Bilbao", *Bidebarrieta*, 18 (2007), pp.39-61 : El 18 de junio de 2006 se inauguró en el Monte Artxanda por iniciativa de Aterpe 1936 una enorme escultura de Juanjo Novella

culturales que permitan crear memorias vivas, o sea favorecer la interacción del público con el acta de memoria para darle sentido propio. En un tiempo de clara saturación de la memoria, faltan vías que respeten la necesidad del silencio.

El estudio de las estrategias discursivas desarrolladas por los monumentos permite esclarecer lo que está en juego en los asuntos memoriales actuales porque las artes dicen y resuelven problemas políticos que lo político en un sentido estricto de la palabra no sabe resolver. Los monumentos, lejos de ser sencillos adornos callejeros, son palabras de un lenguaje político.

titulada la *Huella*, en homenaje a los gudaris. Fuera del espacio urbano pero visible desde la ciudad, la obra representa una enorme huella digital hecha de carbono con una altura de seis metros y un peso de ocho toneladas. Esta escultura marca profundamente el espacio circundante y se yergue con solidez sobre las alturas de la ciudad, recordando la última resistencia de los gudaris y soldados republicanos antes de la ocupación de Bilbao por el ejército franquista.